

Degiovanni, Fernando. *Latinoamericanismos situados: Guerra, mercado, literatura*. Editorial Universitaria de Villa María, 2024.

Fernando Degiovanni, en *Latinoamericanismos situados*, traza una genealogía crítica y minuciosa del campo del latinoamericanismo académico en su periodo de constitución (1900-1960), y desmonta las lecturas heroicas, espiritualistas o esencialistas que han dominado su representación institucional. Lejos de concebir el saber latinoamericanista como una expresión del deseo de unidad continental por parte de un campo autónomo e idealista, Degiovanni examina su emergencia como una práctica discursiva anclada en lógicas geopolíticas, dispositivos institucionales, condiciones materiales de circulación y contextos bélicos internacionales que fueron conformándolo. Su hipótesis central plantea que el latinoamericanismo académico no surge desde una voluntad identitaria; más bien, se configura como una operación situada, ligada a los intereses diplomáticos, comerciales y culturales de actores diversos, entre los que Estados Unidos desempeña un papel clave. Así, más que una historia de ideas o de autores, el libro ofrece una historia de dispositivos, de mediaciones y de conflictos.

101

Uno de sus mayores aciertos radica en la lectura que hace del campo como una red dispersa, pero densa, de intervenciones culturales, pedagógicas y políticas, cuyas figuras centrales —Jeremiah Ford, Alfred Coester, Federico de Onís, Américo Castro, Luis Alberto Sánchez, Pedro Henríquez Ureña y Enrique Anderson Imbert— no actúan como pro-

fetas de la unidad continental, sino como organizadores de saberes situados, negociadores de agendas y mediadores de intereses. Degiovanni escapa así de la tentación de presentar a sus personajes como héroes intelectuales y opta por una reconstrucción crítica que subraya las tensiones que atraviesan sus intervenciones: entre la universidad y la diplomacia, entre el exilio y el mercado, entre el humanismo y el imperialismo. Su enfoque evita tanto lo hagiográfico como el reduccionismo económico, y apunta a una comprensión materialista del conocimiento literario como producción cultural articulada a intereses estatales, dinámicas editoriales, tecnologías de la comunicación y programas ideológicos.

El libro se estructura en tres grandes bloques que corresponden, *grosso modo*, a tres espacios de irradiación del latinoamericanismo académico: el estadounidense, el hispánico y el latinoamericano propiamente dicho. En el primer segmento, Degiovanni ahonda en el papel de figuras como Jeremiah Ford y Alfred Coester en la fundación del campo en Estados Unidos, en el marco del panamericanismo y la diplomacia del dólar. A partir del análisis de archivos personales, manuales de enseñanza, giras pedagógicas y proyectos institucionales, muestra cómo el latinoamericanismo emergente se vincula estrechamente con la expansión imperial en Norteamérica tras la guerra hispano-estadounidense (1898) y la apertura del canal de Panamá (1914). Antes que plantearse como crítica a Estados Unidos, este latinoamericanismo inicial se constituyó como instrumento de lectura del “carácter nacional” de los latinoamericanos, útil para los intereses geopolíticos, comerciales y pedagógicos de ese país.

El segundo bloque examina el rol del hispanismo en la articulación del campo. Degiovanni dedica especial atención a Federico de Onís y Américo Castro, quienes, desde sus posiciones en universidades estadounidenses, negociaron una reinserción de España en el nuevo mapa cultural hemisférico. Aquí se analiza cómo la cultura española se recicla como plataforma de saber y autoridad en América Latina, en el marco del panamericanismo y la Política del Buen Vecino del presidente Franklin D. Roosevelt. El caso de Castro resulta particularmente revelador, pues actuó como consejero del Gobierno estadounidense y promovió una visión del hispanismo como modelo de administración del nuevo poder imperial, en clave de *translatio imperii*. La frontera, en tanto dispositivo simbólico (Puerto Rico, el suroeste de Estados Unidos), permite a Onís construir un modelo inclusivo que resignifica el hispanismo como parte de la narrativa hemisférica, mientras que Castro propone una visión más jerárquica, funcional al disciplinamiento regional.

La tercera parte se centra en las intervenciones desde América Latina, especialmente a partir de la Reforma Universitaria de 1918 y los proyectos populistas de las décadas de 1930 y 1940. Aquí destacan Luis Alberto Sánchez, Pedro Henríquez Ureña y Enrique Anderson Imbert, quienes en Perú, Argentina, México o Estados Unidos produjeron los primeros textos fundacionales del latinoamericanismo literario desde el sur. Lejos de situarlos como intelectuales subalternos frente a una metrópoli académica, Degiovanni resalta cómo operan como sujetos activos en la construcción de una red hemisférica. En el caso de Sánchez, su *Historia de la literatura americana* (1937) se lee como un instrumento de intervención política desde el aprismo, que combina socioliteratura y panameri-

canismo. En Henríquez Ureña, destaca su participación en las conferencias Norton y su función como intelectual anti-nazi, mediador entre agendas culturales diversas. Anderson Imbert, finalmente, despliega un latinoamericanismo que promueve la cultura como alternativa a los totalitarismos latinoamericanos, principalmente el peronismo, en plena Guerra Fría.

Uno de los aportes más sugerentes del libro es su lectura de la guerra como horizonte de inscripción y articulación del campo. Siguiendo a Foucault, Degiovanni invierte la fórmula clásica de Clausewitz para pensar que la paz no es sino la continuación de la guerra por otros medios, y que el saber latinoamericanista se constituye en ese mismo terreno. En efecto, la disciplina se consolida entre dos grandes guerras (la hispano-estadounidense y la Guerra Fría), y sus formas de intervención obedecen a lógicas de conflicto, amenaza y organización geopolítica. No sorprende, por lo tanto, que en el emergente latinoamericanismo se subraye el recuerdo de ciertas guerras (las europeas, las del Eje) y se silencien otras (como el conflicto del Chaco o la guerra colombo-peruana), ya que estas últimas cuestionan la ficción de la unidad continental que el campo intenta preservar. La literatura latinoamericana aparece entonces no como corpus autónomo, sino como operador estratégico de un proyecto geocultural.

Otro eje del libro es su crítica a las nociones esencialistas de “lugar de enunciación”. Degiovanni confronta las posiciones que fetichizan América Latina como *locus* de lo real y fuente ética privilegiada (Hugo Achugar, Nelly Richard), para mostrar cómo los saberes latinoamericanistas no responden a una dicotomía simple entre “adentro” y “afuera”,

“centro” y “periferia”. Por el contrario, propone una lectura “situada”, que reconoce las mediaciones institucionales, las redes internacionales y los condicionamientos materiales que atraviesan a los investigadores tanto del norte como del sur. En esta clave, el latinoamericanismo no se presenta como un discurso puro ni subordinado; más bien, lo hace como una tecnología transnacional de saber que opera de modo diferencial según coordenadas específicas. Así, se rechaza una visión del campo como “resistencia” frente a una academia metropolitana y se lo piensa en términos históricos y relacionales.

La noción de “latinoamericanismos situados”, que da título al libro, condensa esta perspectiva crítica. Degiovanni no busca delimitar una esencia del latinoamericanismo, sino describir sus modulaciones a lo largo del tiempo, según contextos políticos, regímenes institucionales y formas de circulación cultural. Su enfoque permite leer el campo como una constelación inestable de saberes, más que como un proyecto normativo o unívoco. En este sentido, el libro representa un punto de inflexión en los estudios culturales y literarios latinoamericanos, al ofrecer una cartografía rigurosa, crítica y profundamente documentada de sus condiciones de posibilidad.

En suma, *Latinoamericanismos situados* es una obra indispensable para comprender el entramado institucional, político y cultural que dio origen al estudio de la literatura latinoamericana como campo disciplinar. Su propuesta metodológica, anclada en la historia intelectual, la crítica cultural y el análisis de las configuraciones institucionales del saber, redefine los términos del debate y desafía tanto las visiones celebratorias como las reductivamente críticas del campo. Con una prosa

clara, una documentación exhaustiva y una mirada aguda, Fernando Degiovanni formula un nuevo punto de referencia para los estudios latinoamericanistas y para pensar la relación entre literatura, poder y geopolítica en la región.

Alexis Iparraguirre Castro
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas
ORCID: 0000-0002-5932-1330

* * *

Recibido: 21 de julio de 2025
Aceptado: 27 de octubre de 2025